



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

Indignarse no basta

PRIMERO fue el estruendo sostenido de los tambores y luego el ruidoso enjambre de un desfile. Pasaron bajo mi casa y salí al balcón, cámara en ristre. Eran bastantes. O muchos. Les observé con la curiosidad cómplice de quien sabe que volverá a verlos pasar, horas, días, meses o quizá años después, absolutamente lúcidos y ya vencidos. Vencidos por completo. Creo que sé de lo que hablo. Y mal me sabe, porque yo estuve entre ellos hace algo más de treinta años y grité sus mismos cánticos con su misma furia. O con más. La furia antigua siempre se nos antoja más justa. O solemne.

Pero antes el enemigo era real y tangible, tenía rostro, nombre y apellidos; hoy es la bruma densa de un fracaso individual y colectivo, la noche gris de una democracia que no acabó siendo lo que se nos prometía. ¡Nos las prometíamos muy felices! Pero ya ni sé qué ha sido de aquellos sueños. O sí, pero sólo cuando me miro muy adentro.

Quizá el mundo se ha ido enredando mientras el discurso que lo sostiene es, cada vez, más breve y torpe, las paginillas de Hessel, los pareados de las pancartas, los 140 caracteres de Twitter. Muy poca cosa. Tanto afán de síntesis nos conduce a un callejón sin salida. Se asume la indignación, pero no basta. Ojalá esos jóvenes, además de subvertir las calles, fueran capaces de lo que no hicimos nosotros. Rescatar la inteligencia de entre las cloacas de la vida pública, por ejemplo.

Anti-yo

LA ÚNICA RAZÓN de ser de los mítines es la publicidad gratuita en los medios de comunicación, la promoción del vacío de líderes sonrientes rodeados de gente depositada en el recinto de turno por autocares organizados con diligencia militar. La inercia, esta vez descafeinada por los mordiscos de la crisis. Por



TROTALETRAS

MARCOS
TORÍO

motivos puramente laborales, asistí a los mítines del PSOE y del PP. Mediocridad a la baja. Inanición, aunque la oratoria de teletubbies de los conservadores casi convierte a los cínicos idealistas de Zapatero en Obama. Gobernar de boquilla está al alcance de cualquiera con un mínimo de carisma. Droga dura en el campo de gaviotas.

Los miles de personas que se concentran en la Puerta del Sol deberían haber sido la audiencia de ambos auditorios para que los loros –con o sin chuleta– percibieran el frío que provoca la palabrería hueca en quienes tienen claro lo que necesitan y lo que no. Los mítines son un paripé narcisista que riega la vanidad de políticos desapegados del asfalto. Entre vítores integristas, pagados con una excursión y bocata, levitan sobre su ego.

Hay más verdad, denuncia y pegada en cualquier pancarta a pie de plaza que en todos los reproches pueriles del bipartidismo. o lemas de campaña. «No soy antisistema, el sistema es anti-yo», «Violencia es trabajar por 600 euros», «No tenemos miedo, es amor al pueblo».

El Yes, we camp es un movimiento ciudadano admirable de una generación sin futuro –en el mundo capitalista, para qué negarlo– al que se han unido parados de todas las edades, familias sin recursos y jubilados. La heterogeneidad desmonta las tesis de quienes arremeten contra el perroflautismo ocioso que tira de visa familiar por más que Esperanza Aguirre denuncie la presencia de «muchas organizaciones de la izquierda radical». A ella, que duerme en palacete, le preocupa que la acampada esté frente a la sede del gobierno autonómico y no en La Moncloa. Está interesadamente perdida porque como al resto de políticos –de todos los colores sin excepción– únicamente le preocupa cómo aprove-

char o desactivar el posible efecto en el 22M. El ombliguismo una vez más, justo lo que le reprocha un movimiento pacífico y admirable que se declara apartidista y asindical, que no apolítico. Traducir la movilización en términos electorales sólo exhibe la ambición profesionalizada de los políticos y la falta de respeto por la ciudadanía.

El PP busca a Rubalcaba detrás de cada tuitito –los SMS son ya historia– y se le abren las carnes de las mayorías absolutas al evocar un efecto 13-M. ¡Manipulación, manipulación! El PSOE intenta mecer hasta las urnas el descontento, más propio de sus electores. El votante de izquierdas es más crítico y castigador frente a la fidelidad del de derechas. Pero a uno, a otro y a todos los demás –vergonzosa y patética la apropiación de Grosske– les han dejado fuera de la protesta porque va contra un estado de las cosas, una forma de gestionar que ha creado –como proclama una pancarta– la otra Generación ni ni: no quieren ni políticos ni banqueros.

A la plataforma Democracia Real se le re-

«A los políticos sólo les preocupa cómo aprovechar o desactivar el efecto en el 22M»

procha falta de concreción –aunque demandan la modificación de la ley electoral– e inconsistencia de propuestas. Que no les acompañe la hondura del 68 no les resta mérito. En los tiempos de la globalización, del ritmo fragmentario, del análisis en 140 caracteres, del estrés de las prisas banales y el egoísmo, la protesta ya es un hito. No existe una mayor base ideológica porque no quedan valores a los que aferrarse, porque se han escurrido entre el subidón triposo del ladrillo, los brotes secos de Zapatero, el colapso financiero, el rescate de bancos, la fría cola del paro, los corruptos en las vallas, el precio de la gasolina, los coches oficiales y los directivos con la saca llena de billetes.

El nivel es tan bajo que la indignación no necesita un tratado filosófico ni político como base cuando se dirige a partidos a los que sólo les preocupa el corte de su mitin que entrará en directo en el telediario.

> HABLA LA CALLE



¿Cree que es razonable el impacto ambiental que están causando las obras del tren de Artà?

El proyecto del tren de Manacor hasta Artà que está desarrollando en la actualidad el Pacte que preside Antich tiene un alto coste medioambiental. Los operarios que trabajan en las obras han tenido que abrir 40 nuevos caminos con una longitud de 40 kilómetros para hacer llegar la maquinaria a las zonas de trabajo. Según el Govern el proyecto cumple con todos los requisitos pero una auditoría interna señala los efectos irreparables del proyecto sobre la flora y fauna de la zona.



Debate en la web:

www.elmundo.es/elmundo/baleares

Correo electrónico:

eldia.cartas@elmundo.es

Fax: 971 767656

A QUIEN CORRESPONDA

¿UN MOVIMIENTO ESPONTÁNEO? El movimiento 15-M ha dejado descolocados a los partidos en la recta final de esta insulsa campaña electoral. Si en un primer momento los partidos trataron de capitalizar el descontento y arrimar el ascua a su sardina, en especial los de Izquierda Unida, ahora ya han pasado a la segunda fase que consiste en escudriñar los orígenes de su gestación buscando intencionalidades políticas que pudieran favorecer a sus contrincantes. Una de dos: o engullo lo que no controla o lo demonizo. El divorcio de los partidos de la realidad es tan grande que parecen no haber entendido nada. El movimiento 15-M, instigadores a parte, no hubiera estallado de no existir una profunda decepción hacia la clase política en su conjunto, un desencanto que las mismas formaciones políticas han podido calibrar perfectamente a la vista de la escasa afluencia en sus mítines y actos electorales.

CARTAS DESDE ALEMANIA / RAMON AGUILÓ OBRADOR

Atrevimiento

SEAMOS imaginativos en época de campaña y compensemos así la falta de gracia a la que parecen oponer nuestros candidatos; supongamos el resultado clásico en los feudos más importantes de Baleares, el PP se queda a las puertas de la mayoría absoluta, el PSOE es la segunda fuerza más votada a gran distancia del PP, seguido del grupo salvaje, de los partidos minoritarios que vuelven a superar el 5% sin poder aumentar sustancialmente la intención de voto con respeto a las pasadas elecciones. Sólo dos opciones de gobierno parecen entonces posibles: o el PP pacta con un partido minoritario o todos se agrupan contra el PP. Hasta aquí lo de siempre. Sin embargo, y esta pregunta es obviada interesadamente por la totalidad de partidos, ¿expresan esas dos únicas opciones la plena voluntad del electora-

do? Unos, por un lado, dirán que sí, que el PP puede pactar legítimamente con un partido minoritario entregándole lo que éste pida a cambio de acceder a la mayoría absoluta, los otros, dos cuartos de lo mismo, que claro, que ese amalgama de partidos dispares unidos contra la causa conservadora tiene la más rigurosa validez democrática. No obstante, hay otra opción, más atrevida y tal vez por ello para nosotros impensable; que el PP pacte con el PSOE.

En Alemania, un país con tantas virtudes como defectos, se ha dado dicho caso a nivel nacional y a nivel autonómico. Es lo que allí se llama la «gran coalición». Y no es que en los casos en que se ha dado tal coalición no hubiera ningún partido minoritario que estorbara dicha opción de gobierno; lo que pasaba es que no se encontraban los suficientes puntos concordantes,

la suficiente afinidad entre los partidos mayoritarios y minoritarios para realizar un proyecto de gobierno compartido. Así pues, y como no se puede pedir que volvamos a votar cada vez que nos disgusta el resultado, socialistas y

«Seamos imaginativos y compensemos la falta de gracia de nuestros candidatos»

conservadores tuvieron que acercarse y esbozar un proyecto político común; ellos también se enfrentaron duramente durante la campaña, se dijeron de todo, pero tuvieron que entenderse porque así lo había querido el soberano.

Volvamos pues a nuestra situa-

ción inicial: la falta de concordancia entre los partidos minoritarios y el PP no es sólo evidente, sino que parece que es el único tema de campaña. Y con el PSOE pasa lo mismo, se pacta para impedir al PP, no por la supuesta coincidencia ideológica entre seis partidos dispares. Si entonces no hay grandes coincidencias, ¿no sería la mejor manera de reflejar un resultado que no agrada a nadie que los dos partidos mayoritarios se unieran para poder abarcar así el mayor respaldo posible entre una población igual de decepcionada pero que espera que a pesar de todo se cumpla su voluntad electoral? ¿No sería esta la mejor manera de encarar la siguiente legislatura? Si esta propuesta nos resulta impensable en España, al menos a nivel nacional o en una autonomía sin terroristas, es porque ya de antemano no creemos

que se acate de verdad el resultado electoral, es porque sabemos en el fondo que la función representativa de la democracia está habitualmente envenenada por prejuicios, crispaciones, antipatías, y pocas ganas de abnegar del propio orgullo y prepotencia para servir al bien común. Curiosamente, en Alemania, en la última gran coalición nacional que marcó la derrota de Schröder y la victoria de Angela Merkel, ambos partidos estaban muy reacios a pactar; fue más bien la presión de la opinión pública la que finalmente obligó a los adversarios a entenderse. ¿Disponemos nosotros de dicha opinión pública? No lo sé; disponemos, al menos, de pajitas de cuatro metros de longitud por las que fluye sangría adulterada, olvido multicolor que corre directo a las venas de esos pringados que aterrizan en nuestras playas para soportar el terrible sol y el inmenso peso que conlleva ser una democracia carnal y responsable.

Ramon Aguiló Obrador es filólogo.